

17.  
CORAZÓN DE JESÚS  
DE CUYA PLENITUD TODOS HEMOS RECIBIDO

*Cor Iesu, de cuius plenitudine omnes nos accepimus*

P. Diego Cano, Sacerdote argentino  
Misionero en Tanzania

*De su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*, así escribe el Evangelista Juan (Jn 1,16). ¿Qué plenitud tenemos en Jesucristo? San Juan, en el inicio del Evangelio, nos dice que Jesucristo es *la luz verdadera que ilumina a todo hombre* (Jn 1,9) y que *está lleno de gracia y de verdad* (Jn 1,14). Tenemos entonces en Cristo la plenitud de la luz, de la gracia y de la verdad. Y como dice el P. Muñana<sup>1</sup>: «Entendiendo aquí por gracia todo bien de la voluntad y por verdad el bien de la inteligencia. Y porque tenemos en Jesucristo la plenitud de la gracia y de la verdad, en Él está también, como ya meditamos, el abismo de las virtudes, y los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y la plenitud de la misma divinidad». De estas plenitudes de Jesucristo, «todos hemos recibido».

Participamos de sus virtudes, pues dice: *Os he dado ejemplo, para que como yo he hecho, hagáis también vosotros* (Jn 13,15). Y también participamos de su sabiduría y de su ciencia, pues Él es *camino, verdad y vida* (Jn 14,6).

«¿Qué es lo que determina la plenitud del Corazón? ¿Cuándo podemos decir que el corazón está pleno? ¿De qué está lleno el Corazón de Jesús? Está lleno de Amor»<sup>2</sup>. Nos enseñaba San Juan Pablo II, sobre la plenitud del Corazón de Cristo: «Es un Corazón lleno de Amor del Padre: lleno al modo divino y al mismo tiempo humano. En efecto, el Corazón de Jesús es verdaderamente el Corazón humano de Dios Hijo. Está pues,

---

<sup>1</sup> RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 283.

<sup>2</sup> SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (13/7/1986).

**lleno de amor filial.** Todo lo que Él ha hecho y dicho en la tierra da testimonio precisamente de ese amor filial».

«Al mismo tiempo, el amor filial del Corazón de Jesús ha revelado y revela continuamente al mundo el **Amor del Padre**. El Padre, en efecto, *tanto amó al mundo, que le dio su unigénito Hijo* para la salvación del mundo; para la salvación del hombre, para que él *no perezca, sino que tengo la vida eterna* (Jn 3,16). El Corazón de Jesús está por tanto lleno de Amor al hombre. Está lleno de Amor a la criatura. Lleno de Amor al mundo. Esa plenitud no se agota nunca... ni se agotará jamás. De esta plenitud todos recibimos gracia sobre gracia. Sólo es necesario que se dilate la medida de nuestro corazón, nuestra disponibilidad para sacar de esa sobreabundancia de Amor»<sup>3</sup>.

¿Cómo hizo Cristo para ganar para nosotros esa plenitud de gracia y de verdad? Nos la mereció por los sufrimientos de su sagrada pasión y de su muerte. Nos compró esta plenitud con el precio de su preciosísima Sangre. Todos los trabajos, humillaciones, dolores, y cada gota de sangre y de sudor, ha sido para merecernos la plenitud de su gracia. Dice san Bernardo que «esa Vida fue entregada para comprar nuestra vida»<sup>4</sup>.

¿Cómo nos comunica Cristo esta plenitud de gracia y de verdad? Digamos que Jesucristo es la Bondad por esencia, pues es Dios. Y la bondad, el bien, es difusivo por sí mismo. Y por lo tanto no podía sufrir en su Corazón esa plenitud de bienes y gracias sin comunicarla a nosotros. Dice Fray Luis de León: «De la abundancia de Cristo recibimos gracia por gracia, esto es, de una gracia otra gracia, de aquella gracia que es fuente, otra gracia que es como un arroyo».

---

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Sermones varios*, Sermón XXII, en *Obras completas de San Bernardo*, vol. VI, BAC, Madrid 1988, p. 189.

Y para comunicarnos los tesoros incalculables de su gracia, fundó la Iglesia, para que continuase su obra de apostolado hasta el fin de los tiempos. Nos dejó el sacerdocio católico, para poder perpetuar su Santo Sacrificio en nuestros altares. Y nos dejó los siete sacramentos que son como siete canales por donde vienen todas las gracias de la fuente, que es el Sagrado Corazón. Y esos siete canales de la gracia, que son los siete sacramentos, por los que recibimos de la plenitud de su Corazón, los encontramos en todos lados, en todo el mundo, «en todas las calles y plazas, en todas las esquinas»<sup>5</sup>. A esa fuente de gracia se pueden acercar todos los hombres, los pobres, los humildes, los enfermos, los sencillos, los afligidos. No se rechaza a nadie, ni se le niega la gracia a nadie, con tal de que se acerque con las debidas disposiciones.

Esta comunicación constante de la gracia de Cristo se nos manifiesta de manera especial en dos sacramentos: en la Comunión y en la Confesión. Este último, viene a ser como aquella Piscina Probática del Evangelio, en la que, cuando el ángel agitaba sus aguas, el primer enfermo que ingresara en ella quedaba curado (cf. Jn 5,4ss). Pero la diferencia es que este sacramento de la Penitencia lo tenemos siempre a nuestra disposición, a cada momento, y todos los que en allí se lavan, quedan curados, cualquiera sea su enfermedad espiritual y sus pecados. El P. Bernardo de Hoyos escribía: «En administrar el sacramento de la penitencia siento gran consuelo por distribuir a las almas la sangre del Corazón Sagrado. Lo cual me enseñó el Señor a hacer con toda perfección, mostrándome una fuente que, saliendo del Corazón Sagrado, destilaba por siete conductos de oro la sangre purísima del Cordero inmaculado, que particularmente corría por un hermoso conducto, cuya llave volvían los sacerdotes»<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 285.

<sup>6</sup> E. HURIARTE, *Vida del Padre B. F. de Hoyos*, p. 366.

En cuanto a la Comunión, el sacramento de la Eucaristía, recordemos que Cristo no ha querido que lo recibamos una sola vez en la vida, o sólo una vez al año, lo cual hubiera sido un gran beneficio, sino que lo podamos recibir todos los días. Y para alcanzar esto, hizo que todos los sacerdotes tuvieran el mismo poder de consagrarle, como lo hizo Él mismo en la Última Cena. De manera que a todas horas, y en todos lados, se está celebrando el Santo Sacrificio del Altar, Jesús se está inmolando por nosotros. Como reza la Plegaria Eucarística III de la Misa: «para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso» (cf. MI 1,11).

El Padre Muñana, en su preciosa obra, nos hace meditar y considerar los beneficios particulares que hemos recibido de esta plenitud del Corazón de Cristo. No debemos quedarnos en consideraciones generales, sino que lo debemos ver en concreto la acción del amor del Sagrado Corazón en nuestra vida, lo que su plenitud derramó en nosotros. Debemos procurar hacer una suerte de «Contemplación para alcanzar amor», como nos lo enseña San Ignacio al final de los Ejercicios Espirituales, considerando todos los bienes particulares que Dios nos ha hecho, pero especialmente todos los dones sobrenaturales que hemos recibido.

Transcribo literalmente el hermoso texto que el P. Muñana aplica a su propia vida: «En primer lugar la fe cristiana. Porque pudimos haber nacido entre los infieles, pero quiso Dios que nacióramos en país católico; de padres que tenían fe, y que nos educaron cristianamente. A otros el ser católicos les ha costado grandes sacrificios; a mí se me dio de balde. Un solo año de vida en la Iglesia Católica es una cadena ininterrumpida de innumerables gracias, ¿qué serán tantos años como yo llevo? ¿Qué fuera de mí si hubiera nacido de padres infieles?»

Dios nos ha conservado esta fe. Tuvimos buenos padres, maestros y educadores. Nos colocó en los colegios y centros de educación cristiana. Y los compañeros de nuestra niñez, ¿dónde están?, ¿fue su suerte cual la nuestra?

En la juventud, ¡de cuántos peligros nos vimos libres! ¡Cuántas veces invocamos a la Santísima Virgen! ¡Cuán incontables fueron las gracias recibidas!

Acaso tengamos que hacer memoria ahora del beneficio inestimable de la vocación religiosa o sacerdotal. Y entonces nos veremos forzados a reconocer que somos, en verdad, de los predilectos del Divino Corazón. Porque, si la vida cristiana en la Iglesia Católica es una ininterrumpida cadena de gracias, ¿qué será la vida religiosa dentro de los santos muros de la casa de Dios?»<sup>7</sup>.

Finalmente, luego de considerar tal cantidad de beneficios, en el orden natural, y sobre todo en el espiritual, debemos reconocer que todos ellos provienen del Corazón de Cristo. Dios nos ha hecho, y nos hace, todos estos dones y gracias, por puro amor de benevolencia. Su Corazón es el manantial de donde brotan con abundancia todos los bienes. «Todo lo que somos y tenemos, la vida natural, los sentidos del cuerpo, las potencias del alma..., la vida divina de la gracia, las virtudes infusas y las otras gracias actuales, todo se nos dio por este Corazón Sagrado, por el amor en él simbolizado»<sup>8</sup>.

Dice San Ambrosio: «En el pecho de Cristo está el tesoro de todas nuestras riquezas... Si deseas curar de tus heridas, Él es médico. Si te abraza la fiebre, Él es fuente. Si te oprime la iniquidad, Él es justicia. Si necesitas ayuda, Él es la fortaleza. Si temes la muerte, Él es la vida. Si deseas el

---

<sup>7</sup> RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, pp. 286-287.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 290.

Cielo, Él es el camino. Si te cercan las tinieblas, Él es la luz. Si buscas alimentos, Él es la comida»<sup>9</sup>.

Santa Margarita María de Alacoque escribía: «no puedo referir todo lo que sé de esta amable devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Quisiera poder descubrir a todo el mundo los tesoros de gracias que Jesucristo encierra en su Corazón adorable, y que tiene designado derramar con profusión sobre todos aquellos que practicaren esta devoción. Estos tesoros son infinitos... ¡No podréis creer cuántas bendiciones derrama esta devoción! Ninguna hay más saludable y santa. Por eso este divino Corazón tiene ardiente sed de ser conocido, amado y honrado de los hombres con obsequios y honores particulares, para tener ocasión de repartir con abundancia sus misericordias y gracias santificantes»<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> SAN AMBROSIO, Libro III *de las Vírgenes*.

<sup>10</sup> Citado por RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, p. 291.